

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 8, Diciembre 1999

- La trenza
- Monedas

Cynthia Gabbay

pp. 130-131

La trenza

Cynthia Gabbay

HAY un nudo en mi cabeza; lo desenredo, pero quedan en mi mano dos hilos plateados... mentira no son plateados. Siempre mintiendo... son negros, eso es lo que ve mi espejo bajo esta luz agria de mediodía, entre esta música muerta, detrás de un sol ardiente.

Hubiese querido que fueran plateados, pero son negros. Ya no hay más nudos en mi cabeza, porque el peine y sus dientes resbalaron entre los hilos negros, y mordieron, mordieron hasta cumplir su tarea. Pero mordieron tan fuerte que dos hilos plateados, negros se apoyaron en mi mano.

Comienzo a enlazar mi trenza con cuidado, porque es la única que tengo: una trenza: mientras tanto el sol rasguña mi nuca. Y la trenza crece hasta llegar a su fin... fin. Pero los dos hilos negros abrazan aún mi mano y no puedo despegarlos. Apoyo mis manos sobre el agua, no, me sacudo, me rasguño, los beso, no, los uno a la trenza, a esa maldita trenza que es la única que conocí, tal solitaria, la trenza. Y los hilos negros se atan a la única trenza y la besan, y de tanto besarla, mi trenza se divide, se divide sin mis manos, sin ayuda de mis dedos que por siempre la enlazaron... Y ya son dos, dos trenzas idénticas, que caen sobre mis hombros que soportan esta música muerta... sh... que de pronto se enciende y salta y me obliga a resignarme a estas dos trenzas que ve mi espejo. Pero, poco a poco, me gustan, porque revivieron la música y permitieron que el sol acariciara mi nuca. Y me alivio del pesar de una trenza solitaria y amarga. Y ya puedo ver cómo el sol tiñe de



plata mi cabello negro, plateado.

Camino, camino en un nuevo y extraño silencio, camino sobre mis pies como caminan los simios sobre sus pies; siempre me dijeron que estos pies son míos. El sol arde en mi nuca, me quema, me quiebra una vértebra, y ya no camino. Toco mi cabeza, porque quiero tapar mi nuca con mi antigua trenza negra, larga y negra, quiero matar a esta música extraña que nació de la nada. Pero, en tanto, mi nuca se funde, estas dos malditas trenzas se enlazan entre sí, y no puedo separarlas. Lucho, lucho hasta el cansancio, en el cansancio

de esta calle, y mi cuerpo jadea, y mi boca suda. Y lucho, pero el sol me derrite cada vez más, y estas trenzas no acaban de amarse; ni un solo hilo plateado se quiebra. De pronto acaban con sus besos y las desprendo y de una vez las despliego cubriendo mi nuca desintegrada, y la música poco a poco agoniza. Entonces, rápidamente entre ojos extraños, recreo mi trenza, mi antigua y verdadera trenza. Cuidadosamente, la enlazo, porque es la única... le pertenezco. Y al fin mi trenza plateada, negra cubre mi nuca con la caricia más amada entre esta música muerta, muerta, comienzo a caminar, eterna, como siempre ha sido, como siempre será. El sol se tiñe levemente entre las nubes del atardecer, y yo sólo camino, con mi nudo eterno en la cabeza, bajo esta luz amarga del atardecer, entre esta música inmensamente muerta. Un solo hilo negro humedece mi mano.

Cuelgo, eternamente negra, de una cabeza que camina entre las calles, cuelgo, solitaria.

Cynthia Gabbay

Monedas

Desarañándome el cuerpo
Estoy con mis sombras
Que perfilan un rostro
Litúrgico en penas
La luz ya asfixia mis poros,
Tengo manos de hierro
Hombros de historia
Lengua que quema.
Hacia el mar
Corre el río de angustia
Un mar que disuelve
En la aurora
Gritos y silencios.
Todo tiembla entre mis ojos
El vino llueve sobre el oro.
Cuántas monedas he de perder
Para encontrar mi rostro...

